

Zaragoza 8 de Julio de 1.950.

Dr. Jaime Vicens Vives
BARCELONA/

Muy estimado señor: Aunque quizá haya dilatado algo el tiempo, le envío con esta fecha y adjuntas, las cuartillas que me solicitó, en las cuales he procurado, como bien puede V. figurarse, esmerarme en lo posible. He resuelto hacerlo sobre la actualidad mundial, para coger la mínima bibliografía y procurar la expresión máxima de mi pensamiento, aun a riesgo de que resultase mediocre, pero he creído que preferiría V. esto, a una mera copia muy erudita.

He de hacer constar que cuando lo escribí por primera vez (lo he rehecho tres veces) no conocía en absoluto el artículo de Julián Marías " Marco Aurelio o la exageración " que posteriormente he utilizado, y quedé bastante sorprendido al ver que coincidía. He utilizado también, dentro de mi modo de entender la cuestión, a Bauer, Huizinga, Burckhardt, Ortega, Unamuno y su mismo libro de Historia General. Sólo resta ahora que le plazca a V.. Yo, aquí quedo encomendándome a Dios.

Mis padres y yo, conforme a su deseo, hallamos que era perfecto el presupuesto que V. hizo de 1.300 a 1.500 pts., contando que la pensión me salga a unas 35 ó 40 pts. y los pequeños gastos que siempre suben en una ciudad como Barcelona. Papá, encontró que era su deber demostrarle el agradecimiento de la familia y por eso se tomó la libertad de escribirle.

Nuevamente me ruegan ambos que le exprese su agradeci-

miento y en cuanto a mí tras ponerme a los pies de su esposa no me queda sino decirle que siempre estaré por completo a su disposición.

Eduardo Alessio Salvado'

1

Consideraciones sobre la situación actual del mundo.

Nos hallamos en una época indecisa y de gran alteración, en la que una vez más se plantea uno de los problemas más graves y angustiosos que han venido repitiéndose a lo largo del suceder histórico. La Nación se nos queda pequeña, sus límites no definen ya la convivencia en muchos aspectos importantes; pero completamente penetrados de esto, no hallamos en cambio los límites de una nueva forma en la que nos fuera dado convivir; los límites de una renovación que buscamos afanosamente, pero un tanto a ciegas, y que no sabemos si nos será dado alcanzar a los que hemos venido a tomar parte en esta coyuntura.

Atención

Aun hoy se repite mucho que el hombre, encuadrado en una Patria, tiene una unidad de destino en lo universal. Cada vez estoy más convencido de que, de existir esta unidad, es patrimonio del hombre por el hombre, pues el destino universal de todo hombre es en realidad el tratar de vivir con arreglo a unos ideales espirituales y materiales comunes para todos, y si para conseguir esto, es necesario abandonar lo más allegado, se abandonará sin una vacilación.

El Estado-Nación, a cuya agonía creo que estamos asistiendo, aunque sea tan larga o más que la del Imperio Romano (que aun después de destruído trató de subsistir), trajo consigo una serie de preceptos, entre los cuales el de la Patria ocupa un lugar predilecto, cuyas consecuencias han retardado un tanto la evolución de los pensamientos y de los hechos, pero que en modo alguno han suprimido e incluso alterado los momentos principales de esa evolución. Y el fin de dicha evolución, creo que es simplemente la consecución de ese " vivir " que el hombre ansía en cualquier parte del mundo.

Que este fin, como por otra parte todos los fines últimos, sea muy difícil de conseguir, no importa, lo que importa es que

el mundo va evolucionando hacia él y toda la Historia es el conjunto de pasos más o menos torpes o entorpecidos de este proceso evolutivo. Quizá sea un poco aventurado hablar de fin, pues en realidad no está dado un fin ni un contenido de fin en toda tendencia, y por esto cuando antes hablaba de destino del hombre, debiera haber dicho tendencia, pero en fin, lo escrito, escrito está. Lo cierto es que el hombre y su voluntad intentan realizar lo que está dado como por realizar, a causa de que está dado como algo que es, idealmente claro está, debido. Y si añadimos a estos intentos, el que se vive en una intranquilidad de aspiraciones y en medio de un pesado ambiente, veremos que ello determina a mirar más aún a nuestro alrededor y así notamos claramente la naturaleza no placentera de nuestro estado y por consiguiente buscamos la salida a veces con brío, a veces con desasosiego, forzados e incluso conscientes de que no hallaremos solución.

El hombre está creado para una misión, que tiene que cumplir en convivencia con sus semejantes, y esta convivencia da lugar a una concentración social, que conforme el tiempo avanza, cambia de nombre pero no de signo. La comunidad formada, vive desde el principio con las mismas tendencias de objetivo determinado y con una determinada estructura en forma de costumbre tradicional, uso, culto, indumentaria, etc.; pero no con una voluntad unitaria y plenamente responsable en el sentido moral, capaz de elección y de posición de fines, voluntad que en todo caso le pertenece a una persona capaz para dirigir la comunidad. Con estos elementos enlazados, la Historia se ha ido desarrollando y en ella caminaron y aún caminan las diferentes formas del vivir en común: hordas, familias, tribus, patrias, curias, ciudades, imperios, y reinos como los surgidos de la Edad Media, que se convirtieron en Estados Nacionales, y cristalizaron en los Estados modernos, que hoy día han pasado ya por todas sus formas plenas, la última de las cuales es el nacionalismo con todas sus secuencias, maltrecho en la última guerra, y que no encontrando nuevas formas tratan de repetir las ya caducas, produciéndose la natural insatis-

Historia

facción, que lleva a lo de siempre: a la búsqueda de nuevas normas de vida, basadas todas ellas en la misma apetencia de una tranquilidad y bienestar continuamente amenazados.

Una frase de Schlosser, recogida y ampliada por Burckhardt en sus " Reflexiones sobre la Historia del Mundo ", dice que: " el poder es en sí maligno, pues se acuerda al Estado, sin miramiento por ninguna religión, el derecho al egoísmo rehusado al individuo ", ello me da pie para continuar este escrito, pues pienso que hoy, el individuo se va dando cuenta de este abuso de poder, y busca remediarlo a cualquier precio, aunque sin pensar, claro está, en la Utopía, de la cual creo que ya todos estamos de vuelta. Sigue para ello el mismo proceso que siguió el Estado-Nación para asegurar sus fronteras, pero mucho más amplio, ya que se trata de llegar a una forma superior, que tal vez sea el Estado-Continente. Si este es el escaño que se quiere alcanzar, el estado de conciencia en que se halla el mundo en estos últimos años, así parece indicarlo y la crisis que por ello sufre, tiene su parecido casi íntegro con todas las graves crisis que en el mundo han sido.

El individuo se reconoce en su apariencia corporal y espiritual, como portador de propiedades determinadas, pero también se da cuenta con claridad de que sus sentimientos, pensamientos y acciones, se disuelven cada vez más en los sentimientos y pensamientos de los grupos sociales a los que él comunica su correspondiente parte, formando así la comunidad; de la comunidad surgen las organizaciones y del común esfuerzo de estas, se producen los fenómenos unitarios de la sociedad, como son: el Derecho, el Estado y la Nación. Un día Estado y Nación se unieron; la Nación decíamos que se ha quedado pequeña, ¿porqué no ha de reemplazarla el Continente?. En realidad en muchos aspectos ¿ no la ha reemplazado ya ?. Esto no quiere decir que el concepto Estado Nacional ya no rija, sino simplemente que está desgastado por el uso.

" Mi ciudad y mi patria, como Antonino es Roma, pe-

Atención

ro como hombre, el mundo ". Esto decía con tan clara brevedad, Marco Aurelio, emperador romano, en el libro VI de los que escribió para sí mismo. Y en esta frase, nos dejó sencillamente el mismo problema que hoy nos aqueja. El también estaba en una época indecisa y de profunda alteración. La ciudad resultaba ya pequeña; no era única y necesaria. Hoy, a Garry Davis, Estados Unidos le ha parecido pequeño. Y sobre todo, en todo tiempo desde su aparición, el cristianismo nos ha dado la mayor muestra de ciudadanía mundial, aunque no precisamente nos sirve aquí, por ser un problema que tiene lo político y material como accidente lejano, al menos en teoría; no trata para nada de un hecho histórico, pues la única razón elemental es que los hombres son hermanos, porque todos son hijos de Dios; se trata de la verdad sobrenatural del hombre y así el vínculo cristiano es el de la caridad y no el de patria, raza, convivencia etc.; no nos serviría en cuanto a la realidad de los sucesos históricos, pero tampoco dejará de enseñarnos el camino de la unión que tanta falta nos hace.

La ciudad con Marco Aurelio decae como unidad política, exactamente igual que hoy decae la Nación, va corriendo poco a poco un sacudimiento, que hace sentir la insuficiencia de la vida ciudadana; ya lo que antes era el extranjero, no es nada infranqueable y se sienten cada vez con más fuerza los vínculos de unión; los viejos confines, las antiguas formas, acaban por romperse y un nuevo horizonte inunda de luz; pero hay un peligro, el mismo en el que cayó Marco Aurelio, y que es el traspasar los límites del nuevo bienestar por no verlos claramente y dar lugar con ello a que la realidad se imponga por métodos extraños y violentos, causando a la evolución histórica los trastornos y tropiezos a que antes aludíamos.

En lo que respecta a la Edad Media, si abarcamos con una mirada el mundo franco-borgoñón del siglo XV, tal como nos lo da magníficamente servido J. Huizinga, la impresión preponderante es la de un estado de ánimo sombrío, una pomposidad bárbara, formas extravagantes y recargadas, una fantasía agotada - todos los caracteres del espíritu medieval

Asevio

en su decadencia. ¿ No es esto muy parecido a lo que ocurre ahora en el mundo ? Las perspectivas de nuestro mundo de hoy ya no pueden ser más sombrías, ni su vivir puede ser más extravagante, ni tampoco su fantasía puede caer más bajo, en cuanto se refiere a los numerosos alardes de mal gusto que hay que soportar, a los que por otra parte la masa, que terminó por acostumbrarse, aplaude complacida. Bien se ve pues, el paralelismo que Antigüedad y Medioevo nos proporcionan.

Marco Aurelio llevó su pensamiento demasiado lejos y en cuanto a Carlos de Borgoña, el destino le reservó solamente la visión de lo que pudo ser el reino intermedio latino-germánico, regido por la fortaleza y la serenidad que a él, junto con la descendencia masculina, le faltaron. El año 1.477 fué una fecha memorable, de la que Luis XI recogió el fruto. Nos tenemos que preguntar si en nuestro tiempo tendremos un Marco Aurelio o un Carlos de Borgoña; no creo que podamos claramente responder, aunque sí pensar; lo que no se ve es el Luis XI capaz de poner remedio mediante las oportunas medidas. Ni tampoco parece que tengamos un Renacimiento a la vista que renueve nuestros usos y costumbres.

Posteriormente, el Trono lo llenó todo y las ilusiones y los símbolos actuaron con más fuerza que nunca en la mente de los hombres. Al menos fueron más felices que hoy, pues se impusieron un imposible como finalidad y hoy ni siquiera esto nos resta pues no sabemos donde iremos a parar, ni nos importa más que una competición futbolística.

Pero también Luis XIV fué demasiado lejos, porque como dice Gneisenau: " La seguridad del Trono está fundamentada sobre Poesía; cuantos de nosotros que vemos con aflicción el Trono vacilante, podríamos encontrar en serena abstracción, una situación feliz y tranquila, cuantos deberían esperar incluso una situación más brillante, si, en lugar de sentir, quisieran calcular ".

Y tras la Revolución vino el siglo XIX, en el que

Alejo

Alemania

las naciones empiezan a quedarse angostas y se convierten en prisión y no en morada suficiente. Y vuelve a producirse un estado de ánimo parejo y surge la internacional con Marx como primer intento. Y en este trance nos llamamos con la conciencia de la estrechez de la doctrina socialista.

Los Estados-Continente que parecen perfilarse, tendrán que someterse a nuevos imperativos si no quieren retrasar el reloj del mundo, pretendiendo, como tantas otras veces, el dominio universal, con un fracaso parecido al de la Organización de Naciones Unidas, que ha dado lugar ya a demasiados pactos, que ni siquiera tienen fuerza para alejar la guerra y son fruto de la seguridad más o menos lejana de su estallido. Si este momento fuese aprovechado, laborando sobre la creencia en que las guerras no solucionan sino que crean nuevos conflictos, tal vez pudiésemos asegurarnos en la idea del Estado-Continente. Pero de lo que no hay duda, es de la decadencia absoluta del Estado-Nación, reflejada hoy día en mil aspectos diferentes de la vida internacional, cuyo último rasgo ha sido el llamado Plan Schuman, acogido gratamente por Europa y América y rechazado por Inglaterra, pero con la particularidad de que el gobierno inglés no se opone abiertamente, sino más bien el partido laborista, por política partidista; es un síntoma nada despreciable.

Junto a la concentración política, surge necesariamente el problema grave de la descentralización administrativa, que ha de tender a solucionar de cerca los asuntos individuales y que es de todo punto necesaria para el buen funcionamiento de una gran comunidad. Esta cuestión es ardua, pues ciertamente que no en todo lugar y tiempo obrará de la misma manera y nadie mejor que la misma Historia nos ilustrará sobre esto, señalándonos cómo en España la excesiva enemistad contra las instituciones forales, produjo efectos totalmente contraproducentes, mientras en Francia sucedía todo lo contrario. Pero la cuestión se alarga demasiado y es preciso abandonar este punto.

Todo esto, como ya he dicho, no trata de ser una Utopía, sino una versión bastante subjetiva para poder ser combatida y bas-

7

tante fundada para ser defendida, de lo que yo creo que por estos días se está gestando en el mundo, que es algo más que una guerra: una nueva forma de vida, que de acuerdo con los tiempos, devuelva la estabilidad perdida al perderse el principio de las nacionalidades, en la circunstancia histórica actual, por no responder ya a una exigencia de justicia como nos dijo Pío XII en su alocución navideña de 1.948: " No caben cómodos y egoistas aislacionismos, ante las apremiantes necesidades de los demás, sean personas o naciones. No cabe por tanto tampoco el nacionalismo intransigente; todas las naciones tienen obligaciones sagradas con respecto a la familia de los pueblos, todas las naciones forman un objetivo común. Nada de soberanías absolutas, autónomas. Nada puede hacerse cuestión de prestigio o de honor nacional para justificar la guerra, ni siquiera la amenaza de guerra ".

Eduardo Amisio Salvadó